

Guía de los países y territorios del mundo

Julio López-Davalillo Larrea



INTRODUCCIÓN

La saeta impelida del arco, o sube o baja, sin suspenderse en el aire, semejante al tiempo presente, tan imperceptible, que se puede dudar si antes dejó de ser que llegase; como los ángulos en el círculo, que pasa el agudo a ser obtuso sin tocar en el recto. El primer punto de la saeta lo es su declinación. Lo que más sube más cerca está de su caída. En llegando las cosas a su último estado, han de volver a bajar sin detenerse. En los cuerpos humanos lo notó Hipócrates, los cuales, en no pudiendo mejorarse, no pueden subsistir, y es fuerza que empeoren. [...]

En doce años levantó Alexandro su monarquía, y cayó en pocos, dividida en cuatro señoríos, y después en diversos. Muchas son las causas de los crecimientos y decrecimientos de las monarquías y las repúblicas. El que las atribuye al caso, o al movimiento y fuerza de los astros, o a los números de Platón y años climatéricos, niega el cuidado de las cosas inferiores de la Providencia divina. [...]

Y así, ninguna [monarquía o república] se perdió en que no haya intervenido la imprudencia humana o sus ciegas pasiones. No sé si me atreva a decir que fueran los imperios perpetuos, si en los príncipes se ajustara siempre la voluntad al poder y la razón de los casos.

Diego de Saavedra Fajardo (1584-1648)
Empresas políticas, 1640

Aunque escrito hace casi cuatro siglos, el texto que antecede parece haber sido escrito hoy mismo. Porque hoy, como en la época de Saavedra y lo mismo en la Antigüedad, el interés y la curiosidad por el pasado y el devenir están más vivos que nunca. Desde hace un par de décadas los medios de comunicación, los historiadores y politólogos recurren al concepto de “aceleración de la historia” para explicar, o complicar más todavía, la realidad histórica en que vivimos inmersos. Y esta realidad no es otra que la de la globalización o mundialización –las diferencias entre ambos conceptos, si las hay, las dejo a otros tratadistas–, entendiendo por tales conceptos la puesta de largo de una sociedad planetaria, más allá de fronteras, barreras arancelarias, diferencias étnicas, credos religiosos, ideologías políticas y condicionamientos socioeconómicos o culturales. Surge esto como consecuencia de la internacionalización cada vez más acentuada de los procesos económicos, los conflictos sociales y los fenómenos políticos y culturales. Ahora bien, se da también el fenómeno inverso del rebrote del localismo, precisamente como reacción a lo anterior o a algunas formas perversas de lo anterior, es decir, de la mundialización. Y al igual que no se puede hablar del cuerpo humano sin referirnos a su partes, no podemos referirnos a esta sociedad planetaria en ciernes si no nos referimos a sus partes, al menos a la más visible: los Estados del mundo.

Hoy día, muchos de los fundamentos del sistema interestatal están siendo puestos en entredicho por cambios tecnológicos y en las mismas normas internacionales. La idea de la integridad territorial y de la soberanía nacional (es decir, la autoridad absoluta de los gobiernos sobre los asuntos nacionales) está siendo socavada. La televisión, los medios de comunicación e Internet están borrando los límites entre los Estados, mezclando culturas y civilizaciones antes diferenciadas y extendiendo las relaciones internacionales a otras instancias al margen de los actores tradicionales, los Estados. Los medios de comunicación de masas llaman la atención de la opinión pública mundial sobre asuntos que antes eran sólo del dominio nacional y preocupaban poco a otras naciones. Estos cambios han exacerbado el debate entre los especialistas sobre si el sistema interestatal sobrevivirá en su forma actual o evolucionará en otra dirección. Algunos piensan que los Estados, con sus identidades culturales diferenciadas, sus fronteras y sus gobiernos, se están quedando obsoletos. La economía se ha convertido en el motor de las relaciones internacionales y exige una mayor colaboración entre las naciones y los Estados, a la vez que demandando que cada vez haya menos Estado y menos nación. Opinan algunos que la cooperación, junto con los cambios tecnológicos, acabarán borrando la importancia de las fronteras. Otros, sin embargo, consideran que el sistema interestatal sobrevivirá, porque los Estados tienen un poder militar que siempre condicionará el futuro del mundo.

Sin retroceder mucho en el tiempo, y tomando como ejemplo el pasado siglo XX, las transformaciones geopolíticas acaecidas desde la Primera Guerra Mundial (1914-1918) trastocaron varias veces la faz de la Tierra, modificando equilibrios políticos y territoriales que parecían inamovibles, empezando por la desaparición en 1919 de varios imperios (el alemán, el austro-húngaro, el ruso y el turco otomano; el chino cayó en 1911), la alteración de fronteras, la aparición de nuevas potencias, a veces efímeras y terminando con una sucesión de conflictos entremezclados y surgidos como del túnel del tiempo, guerras civiles y revoluciones, etc. En los albores del tercer milenio de la era cristiana, el mundo se ha globalizado bajo la batuta de las naciones occidentales más prósperas y dinámicas, pero también se acentúan los particularismos y la voluntad de afirmación en torno a señas de identidad nacional, religiosa o étnica, o todas juntas a la vez, como lo demuestra el aumento de Estados reconocidos por la comunidad internacional en los últimos diez años del siglo XX. Resulta difícil orientarse en el aluvión de noticias que nos abrumba, e integrarlas en una visión de conjunto susceptible de identificar las causas que las generan y el marco cultural, geográfico e histórico en el que se inscriben y del que son deudoras. Sin embargo, tras la aparente sensación de caos que sugiere la actualidad existe una línea de continuidad que vincula el presente con el pasado y permite comprender la evolución de los pueblos y Estados más allá de los avatares históricos de las entidades estatales.

Pese a que la existencia de la ciencia política o politología como disciplina académica es relativamente reciente, sus orígenes como marco de análisis del Estado y del gobierno se remontan a tiempos lejanos. Ya en la antigua Grecia existía un gran interés por conocer la naturaleza del Estado, sus órganos de control y las funciones de sus ciudadanos. Platón, quien en su obra *La República* presentó de forma utópica cómo debía ser la ciudad perfecta, fue uno de los primeros filósofos políticos. No obstante, la mayor parte de los estudiosos coincide en que Aristóteles fue el auténtico precursor de la ciencia política. Entre otras aportaciones, su tratado *Política* sobre los diferentes regímenes anticipó el gran esfuerzo que implica clasificar las formas del Estado y sigue ejerciendo una fuerte influencia sobre esta ciencia.

Esta guía histórica de los actuales Estados y territorios del mundo recopila la historia de todos ellos desde sus orígenes, y constituye una completísima y manejable obra de referencia que describe, sucintamente pero con rigor, la evolución geopolítica de los actuales Estados del mundo y los hechos más relevantes acontecidos en el devenir de su historia. Esta obra, con un carácter digamos semi-enciclopédico, será de gran utilidad para todos aquellos –estudiantes, profesionales o simples aficionados a la historia y la historia comparada– que deseen o necesiten consultar datos, revisar conocimientos o relacionar acontecimientos actuales con su trasfondo histórico. Sin duda el método comparativo en historia ayuda a entender muchos fenómenos históricos y evita caer en vicios o tópicos como considerar propio de tal o cual pueblo o país comportamientos que son el denominador común de todo el género humano. Por otra parte, conviene aclarar que la exposición lineal de la historia de un país desde la Prehistoria hasta hoy, no deja de plantear el problema de encajar hechos o fenómenos de los que participaron dos o más Estados. Porque, raro es el país, sobre todo los de mayor entidad histórica, que no ha sufrido mutaciones territoriales a lo largo de su historia –en este sentido, el caso de Polonia es paradigmático, pues en 1945 sufrió un desplazamiento de 200 km al Oeste– y que no comparta parte de su historia con sus vecinos o colonias, si las tuvo. La implantación del Estado-nación como principal sujeto del Derecho Internacional, junto a las escandalosas manipulaciones históricas que se han dado –y se dan– han complicado un tanto la labor del historiador a la hora de relatar hechos complejos y que escapan de un determinado marco territorial y temporal, como las culturas prehistóricas o los imperios de la Antigüedad. En este sentido cabe preguntarse ¿en qué país encaja la historia del antiguo reino mesopotámico de Mitani –ubicado entre los actuales Iraq, Turquía y Siria– o la primera época del reino visigodo, a caballo durante casi un siglo entre España y Francia?

Además de plantear estos y otros interrogantes, esta guía es, ante todo, una obra práctica, útil y, por qué no, entretenida. Lo mismo para el viajero, el turista, el estudiante o el simple curioso, en estas páginas hay un resumen estadístico, geográfico e histórico de los 193 países soberanos que hay en el mundo al día de hoy y que sin duda pueden ayudar a acercarnos a otras realidades políticas y sociales, preparar un viaje a cualquier lugar del mundo o comparar la historia de distintos países. Para ilustrar, siquiera sucintamente, las páginas que siguen, cada país lleva un mapa de situación, donde se ven su capital, las ciudades más importantes, los estados limítrofes y una escala gráfica para calcular distancias. A continuación figura una serie de datos estadísticos; sigue luego una reseña geográfica y, por último, la referencia histórica estructurada cronológicamente en los distintos períodos en que se suele dividir la historia de cada país. Los países con posesiones ultramarinas o colonias llevan al final de su apartado una referencia a estos territorios, en el caso de que éstos no formen parte de su área metropolitana; tal es el caso de Estados Unidos, Gran Bretaña, Noruega o Francia, entre otros, con numerosas posesiones ultramarinas aún hoy.

Los países se clasifican por orden alfabético según la forma abreviada de su nombre en español. Los nombres de los Estados se han dispuesto de la siguiente manera: la forma abreviada en español, en mayúscula y negrita (**MALASIA, NORUEGA, SIRIA**), la forma abreviada en la lengua oficial (**Malaysia, Norge, Suriya**), separadas por una línea oblicua (**MALASIA / Malaysia**). En el caso de que coincidan sus nombres en español y en su lengua oficial, figura un solo nombre.

Las cifras referentes a la extensión y a la población de los Estados y territorios del mundo se basan, entre otras fuentes, en las obras reseñadas en la bibliografía del final del libro.

EL MUNDO AL COMENZAR EL S. XXI

La nueva geopolítica mundial

Sobre los 150.000.000 km² de tierras emergidas de nuestro planeta vivían aproximadamente 6.200 millones de habitantes al comenzar el año 2004, distribuidos en 193 Estados soberanos —el último reconocido por la ONU ha sido Timor Oriental, segregado de Indonesia— y varias colonias, dependencias y territorios de distinta condición jurídico-política, que va desde el estatuto colonial o semi-colonial al de territorio autónomo de ultramar. El siglo XX contempló el surgimiento y desaparición de decenas de Estados. Al estallar la Primera Guerra Mundial (1914) había en el mundo solamente 52 Estados soberanos: 20 en América, sólo 2 en África (Liberia y Abisinia), 10 en Asia y 23 en Europa. El Tratado de Versalles (1919) añadió algunos Estados más en Europa central. Varios desaparecieron tras la Segunda Guerra Mundial, pero la descolonización aumentó la nómina de Estados afroasiáticos.

El fin de la guerra fría y de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) han añadido algunos más a lo largo de los noventa, y todo parece indicar que la cosa no va a quedar ahí, bien porque pueden surgir nuevos Estados o porque, a la inversa, prosperen los diversos procesos de integración o unión político-económica que hay en marcha. Comienza el siglo XXI, pues, con una espectacular aceleración de los flujos políticos, económicos y sociales, todos ellos de alcance planetario. Decía el profesor H. Pirenne, en relación con el resultado de la Segunda Guerra Mundial, que, con el Imperio británico desaparecido y tras acabar con la amenaza alemana, una amenaza más poderosa le había surgido en el Este (la Unión Soviética) a la recién adquirida hegemonía de Estados Unidos. El esquema de poder mundial imperante desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta 1990 —la guerra fría y el bipolarismo— ha saltado hecho añicos y, si bien nadie discute la hegemonía estadounidense en prácticamente todos los campos, se están larvando varios procesos que a buen seguro cambiarán la faz del planeta en el siglo XXI: la emergencia de China, las grandes migracio-

nes, la atropellada marcha hacia la unidad política europea, los procesos de integración económica en Iberoamérica, el surgimiento de la cuenca del Pacífico como área especialmente adelantada en la innovación técnica y el comercio, el rompecabezas ruso, los amenazantes cambios climáticos, el consumismo desaforado en los países ricos, la crisis del Estado-nación tradicional heredado de la Revolución francesa, la agitación en el mundo islámico por el permanente conflicto entre modernidad y tradición, etc.

Por otra parte, tras la fría estadística de los Estados del mundo registrados en las estadísticas de la ONU, y al escribir estas líneas, existen Estados cuya existencia es una pura ficción jurídica. Tal es el caso, entre otros, de la República Democrática del Congo (ex Zaire), invadido por algunos de sus vecinos y donde diversas facciones se reparten su extenso y rico territorio sin que se vea una solución cercana al problema; o Somalia, de la que se ha segregado la antigua Somalilandia, no reconocida internacionalmente. Senegal, que hubo de disolver hace años su inconsistente unión con Gambia (Senegambia), lucha ahora contra la segregación de la región de Casamance, al Sur. En otros Estados, el gobierno central no ejerce su autoridad más que en una parte del país (Birmania, Pakistán, Indonesia, Afganistán, Angola o algunos de la Asia central ex soviética) o tiene dificultades para hacerse respetar en la periferia (Rusia con Chechenia o Tatarstán, Georgia con Abjazia, etc.). Y siguen sin resolverse contenciosos ya históricos como los del Sáhara Occidental (ocupado por Marruecos desde 1975), Chipre (también ocupado por Turquía en su mitad norte) o Israel-Palestina. Muchas fronteras están sin delimitar en numerosos tramos: entre Argelia y Marruecos, entre China e India y entre ésta y Pakistán, en Cachemira, por citar los casos más susceptibles de acabar en conflicto armado entre las partes, máxime si algunos de los implicados han acreditado poseer armamento nuclear. Los estados del África subsahariana, salvo contadas excepciones, parecen abandonados a su suerte, lejos del pulso y del interés del resto del mundo.

El Estado más grande del mundo es Rusia (17.075.000 km²), seguido de Canadá, China,

Estados Unidos, Brasil, Australia, India, Argentina, etc. Hasta 1991 fue la URSS el Estado más grande del mundo, con 22.500.000 km² y 270 millones de habitantes. El país más poblado es China (1.200 millones de hab.), seguido de India, Estados Unidos, Indonesia, Brasil, Rusia, Pakistán, etc. El Estado Vaticano, enclavado en la ciudad de Roma, es el más pequeño del mundo (0,45 km²) y también el menos poblado (apenas 1.000 hab.).

La Geopolítica es la ciencia y el término usados para estudiar y designar respectivamente la influencia determinante del medio ambiente (características geográficas, fuerzas sociales y culturales y recursos económicos) en la política de un Estado, así como, por extensión, su estudio. El científico y político sueco Rudolf Kjellén, que desarrolló un sistema de ciencia política basado en la interacción de las fuerzas sociológicas, políticas y físicas, acuñó el término “geopolítica” en su obra *Staten som Lifvsform* (El Estado como un organismo, 1916). Un Estado soberano ocupa un territorio particular con características físicas únicas que en parte determinan las formas viables de organización económica, social, política y militar. Además, la localización geográfica de un Estado debe ser considerada en relación con la de los que le circundan, cada cual con sus propias cualidades geopolíticas únicas. En el siglo XX, por ejemplo, Bélgica y Polonia han sido “campos de batalla” por su estratégica situación geográfica, entre Alemania y Francia, y entre Alemania y Rusia, respectivamente. La geopolítica, tal como fue desarrollada por el general alemán Karl Haushofer, fue fundamental para Alemania durante el período del régimen nacionalsocialista, pues proporcionaba una razón pseudocientífica para justificar la expansión territorial alemana en busca de un supuestamente necesario *lebensraum* (en alemán, “espacio vital”). De acuerdo con esta teoría, fundada en los estudios del geógrafo Friedrich Ratzel, el “espacio vital” se definiría como todo el territorio que un país alega necesitar para lograr su autosuficiencia.

El estudio de la geopolítica cobró un importante vigor para intentar lograr una comprensión más perfecta de la estructura profunda de las relaciones internacionales entre los Esta-

dos. Para un análisis más certero de la rivalidad política entre Estados Unidos y la URSS durante la guerra fría, por ejemplo, los analistas geopolíticos buscaron las raíces y objetivos de las políticas exteriores indispensables de ambos países. Ya en 1904, el geógrafo británico sir Halford MacKinder apreció un antagonismo geopolítico entre el poder terrestre euroasiático (es decir, Rusia) y la primera fuerza oceánica (entonces Gran Bretaña, más tarde Estados Unidos). Varias explicaciones geopolíticas se ofrecieron para localizar la causa geopolítica del conflicto soviético-estadounidense, conviniéndose en la necesaria influencia que desempeñaba el dominio real o tácito de otras áreas geográficas, tales como África, Eurasia e Iberoamérica.

La característica fundamental de lo que se ha dado en llamar nuevo orden mundial es la ascensión de Occidente en general y de Estados Unidos en particular a la condición de potencia hegemónica a escala planetaria sin contestación visible hasta la fecha. En el cuadro de la Historia universal es la primera vez que esto ocurre. Desde el siglo XVI, tras el descubrimiento de América por los españoles y la apertura de la ruta a la India por obra de los portugueses, varias potencias se han sucedido en una especie de parcial hegemonía continental o mundial, marítima o colonial (España, Francia, Turquía —el Imperio turco otomano— Gran Bretaña, Alemania, Rusia, China, etc.). Pero todas ellas encontraron un contrapeso en las demás, y un sistema de alianzas velaba por el mantenimiento de un cierto equilibrio. En el Tratado de Westfalia de 1648 se ha situado el nacimiento de una especie de concierto de las naciones, que llegó hasta comienzos del siglo XX. Pero a lo largo de los noventa Estados Unidos, con un poder político, militar, tecnológico, económico y cultural incontestables se ha convertido en el árbitro del planeta. La esperanza de que la ONU fuera una especie de “gobierno mundial”, con la Asamblea General ejerciendo de parlamento planetario con decisiones vinculantes, el Consejo de Seguridad como “gobierno” y las distintas agencias como “ministerios”, como preconizaban algunos, se ha visto defraudada, al menos de momento.